

Televisión de calidad y pragmatismo

Eva Pujadas

- *Fruto de una amplia investigación sobre la «televisión de calidad», el objetivo de este artículo es identificar los diferentes ámbitos temáticos de referencia de los discursos sobre la calidad en la televisión. Tras identificar los temas de la televisión de calidad se exponen sus principales variables y los criterios utilizados para su valoración. El artículo hace hincapié en la diferencia entre la comprensión de la diversidad de criterios existentes sobre la calidad en la televisión y la defensa de la validez de unos criterios por encima de otros. El hecho de que existan diferentes puntos de vista sobre la calidad y diferentes ámbitos de referencia, no significa que, en un contexto histórico concreto y dentro de la particular configuración de los medios de comunicación de cada sociedad, todos los criterios de evaluación de la calidad sean igualmente válidos.*

Introducción

El contenido de este artículo se basa en un amplio trabajo de investigación llevado a cabo con motivo de la realización de una tesis doctoral, cuyos objetivos han sido analizar los discursos que, en varios ámbitos, definen, sitúan y establecen diferentes variables evaluadoras de la «televisión de calidad».

Una de las distinciones obligadas que ha suscitado un trabajo de investigación como éste es la diferencia entre la comprensión de que exista una gran diversidad de discursos sobre la calidad en la televisión, en función de diferentes variables que se mostrarán a lo largo de este

artículo, de que, en contextos históricos determinados y en sociedades y modelos de organización política concretos y específicos, la diversidad de criterios sobre la calidad en la televisión no sólo no es operativa, sino que no permite dar cuenta de los criterios de validez de cada uno de ellos; es decir, no todas las definiciones que coexisten en un determinado contexto sobre la calidad en la televisión son igualmente válidas. Es en este sentido que la perspectiva ética, como perspectiva que nutre de criterios fundamentados para la acción, estrechamente vinculada a la acción política, debe desencallar la comprensión ingenua de la diversidad de criterios sobre la calidad en la televisión de la elección necesaria de una opción de calidad, que es necesariamente política y, por tanto, no neutral.

En las disertaciones y trabajos de campo de los diferentes autores que participan en este y otros monográficos sobre la calidad en la televisión aparecen nociones, presuposiciones y puntos de partida distintos sobre en qué consiste o en qué debería consistir la calidad en este medio. Entender las motivaciones y las razones que justifican, para algunos interlocutores, colectivos e instituciones determinadas opciones de calidad televisiva no proporciona ningún criterio al político, al evaluador, al programador, al guionista o al crítico televisivo sobre cuáles son las nociones de calidad en la televisión más pertinentes para un público concreto y en un contexto histórico y cultural específico.

El artículo que se presenta se estructura a partir de algunos de los resultados de la investigación llevada a cabo sobre la televisión de calidad. En primer lugar, se plantea una especie de cartografía sobre la calidad en la televisión, es decir, se presenta una primera gran clasificación de los ámbitos temáticos que protagonizan el discurso sobre la televisión de calidad. Esta primera premisa permite responder a la pregunta: ¿de qué se habla cuando se habla

Eva Pujadas Capdevila

Profesora de Comunicación Audiovisual de la Universitat Pompeu Fabra

de «televisión de calidad»? Como veremos, existen, como mínimo, cuatro grandes temas de referencia del discurso sobre la calidad en la televisión, lo cual deja patente que la diversidad de nociones de calidad consiste, primeramente, en una diversidad de temas. Los temas que ocupan el debate sobre la calidad en la televisión son: la calidad del conjunto del sistema televisivo, la calidad de la programación, la calidad de las cadenas y la calidad de los programas.

En los discursos sobre la calidad en la televisión es posible observar una cierta delegación de los diferentes sujetos que hablan sobre la calidad, en cada uno de los ámbitos identificados. Es decir, pocas veces la calidad televisiva es algo que dependa de uno mismo (sea un individuo, un colectivo o una institución); en este sentido, a menudo se hace referencia a otros sujetos, a la regulación existente, a las condiciones de producción de las cadenas, a la falta de presupuesto, etc. La calidad en la televisión acostumbra a depender de otro.

Uno de los resultados del trabajo que se presenta es la constatación de la relación existente entre determinadas nociones de calidad televisiva y el ejercicio de determinadas profesiones. Es decir, existe una extraordinaria coincidencia en los contenidos y en las variables identificadas sobre la calidad televisiva entre los diferentes colectivos profesionales implicados: políticos, directivos de las cadenas de televisión, programadores, guionistas, técnicos (realizadores), etc., por encima de otras diferencias como el origen geográfico o la titularidad de las cadenas de televisión.

Tras la presentación de estas tres grandes directrices, que contribuyen a entender la coexistencia de diferentes definiciones de calidad en la televisión, hay que fundamentar la diferencia entre la comprensión de la diversidad de criterios y la defensa de la validez de algunas de estas definiciones. La atención al contexto histórico y social, los modelos políticos, las culturas televisivas de los espectadores, los objetivos y las funciones atribuidas al medio televisivo serán, entre otros, los factores que deberían condicionar la elección de unos determinados criterios de calidad televisiva por encima de otros. Esta elección nunca será objetiva ni tendrá una validez universal puesto que, en otros contextos y respecto a públicos diferentes, otras variables y criterios resultarán más adecuados, pero

el hecho de no ser objetivos no debe ser un impedimento para la elección efectiva de una noción de calidad.

1. Ámbitos del discurso sobre la televisión de calidad

Como se ha dicho en la introducción, en este apartado se identifican los principales temas que protagonizan el discurso sobre la calidad en la televisión. Cuando se habla de «televisión de calidad» se habla de cuatro grandes temas que, a su vez, son el escenario de controversias entre diferentes nociones de calidad y que, por tanto, establecen variables diferentes para su evaluación.

Estos temas son, de alcance más amplio a más concreto:

1.1. La calidad televisiva como calidad del sistema televisivo

Con la denominación *sistema televisivo* se hace referencia a la globalidad del sistema de televisión, al conjunto del ordenamiento, cadenas, prácticas de programación y de producción, etc. Efectivamente, existe un cierto tipo de discurso sobre la calidad en la televisión que hace referencia a la calidad del conjunto de un determinado sistema, a su ordenamiento, a las condiciones que este sistema ofrece a las instituciones, las cadenas, los productores, etc. para generar una televisión de calidad.

En este ámbito más general, son numerosas las concepciones de calidad televisiva que tienen un trasfondo político. Este hecho no es sorprendente puesto que el sistema de televisión es el objeto principal del discurso de los políticos y el ámbito sobre el que este colectivo tiene una competencia y una capacidad de intervención más directa, en cualquier caso más que en los programas o en las políticas de programación, por ejemplo.

La concepción de la calidad televisiva, entendida como calidad del sistema televisivo vinculada a un trasfondo político, presenta tres grandes tipos de variables. En primer lugar, existe una noción de calidad televisiva que se expresa en términos «nacionales»: es el caso, por ejemplo, de los discursos que identifican como principal función de la televisión la de la «fundamentación social» (Lord Reith al inicio de la BBC) o la «construcción nacional» (Carey) en alusión al papel de constructora de comunidades y de ritualización.

En segundo lugar, se habla de televisión de calidad a través de un discurso que hace referencia al espacio físico y se equipara la calidad a la producción de la programación en el propio territorio de difusión. En este tipo de discurso se incluye la identificación de la calidad a lo que es «propio»: se identifica la calidad a «producción propia», «lengua propia», «temática propia», «protagonistas o presentadores propios», «recursos propios», etc. Lo que es propio se define exclusivamente en función de la territorialidad física.

En tercer lugar, se hace referencia a la televisión de calidad como aquella que se identifica y permite el perfeccionamiento del sistema político democrático; por ejemplo, en términos de los sistemas que facilitan la representación de los diferentes colectivos sociales, la formación política de los ciudadanos, el establecimiento de garantías en el funcionamiento de la televisión, el distanciamiento respecto del gobierno, la participación de los espectadores o el ejercicio de la responsabilidad de las cadenas de televisión respecto de su público. En este sentido, es significativa la tarea realizada por la ICEA en Canadá, condensada en el eslogan *no canadianization without democratization*, que supera la filosofía anterior, que equiparaba la calidad a lo que es propio, para entrar más a fondo en los contenidos. De este modo, se interpreta la democratización de los medios como «el establecimiento de garantías para evitar favoritismos o la discriminación de grupos o individuos concretos; el incremento de la relación entre los gestores del audiovisual y el público; el incremento de la participación del público en la toma de decisiones y una mayor concienciación crítica y de la responsabilidad de las instituciones mediáticas».

Referido a la globalidad del sistema televisivo existe otro tipo de discurso que interpreta la calidad en la televisión en términos económicos. En este sentido, se equipara la calidad a la competitividad, a la rentabilidad y a la generación de riqueza, como si se tratara de cualquier otra industria a la que se pide rentabilidad y beneficios económicos. En este sentido, se habla de una televisión que no sea cara y que pueda competir en el mercado televisivo en buenas condiciones (relación entre el precio, el contenido y las expectativas de audiencia involucradas). Algunos autores sitúan esta noción de calidad en la televisión de los años ochenta, cuando consideran que

había llegado la era de la industria cultural (véase RABOY). Es el caso, entre otros, de la concepción de calidad expresada en el informe elaborado por el gobierno de M. Thatcher en 1988, *Competition, Choice and Quality*, en el que se afirma que la liberalización del mercado y la introducción de nuevas cadenas de televisión ha de dar paso a una mayor competencia entre las cadenas y, por tanto, a programas de mayor calidad. Se trata de una concepción de calidad como resultado de la aplicación de determinadas políticas económicas donde, indirectamente, se identifica el sector profesional que tiene la iniciativa en la realización de la calidad en la televisión: los políticos en la liberalización del mercado y la iniciativa privada en el desarrollo de las iniciativas empresariales.

1.2. La calidad televisiva como calidad de la programación

En general, el concepto de programación se utiliza para hacer referencia, por un lado, al conjunto de programas presentes en un sistema televisivo, que abarca todas las cadenas que los espectadores pueden ver, normalmente, en su casa y, por el otro, la parrilla de programas diseñada por cada cadena de televisión. En este apartado se incluyen aquellas nociones de calidad vinculadas a la primera acepción de programación, puesto que la segunda está incluida en el apartado sobre la calidad de las cadenas.

En el discurso sobre la calidad de la programación existe un acuerdo generalizado sobre dos cuestiones que se exponen a continuación:

- La primera hace referencia al hecho que una programación de calidad afecta a la globalidad de la programación, es decir, no es una cuestión que dependa de la presencia de determinados géneros ni de programas concretos.
- La segunda es que una programación de calidad es una cuestión que hace referencia, fundamentalmente, a la política de programación. Esta afirmación no es ninguna redundancia, ya que la importancia se da a los horarios de emisión de los programas. Por ejemplo, el estudio de la BRU (British Research Unit) sobre la televisión de calidad considera que una programación de calidad es aquella que ofrece una diversidad de elección, una amplia gama de temas y niveles de tratamiento y «una programación que no se construye siguiendo criterios de maximización de la audiencia constantemente, sino una parrilla de

programación que busca ofrecer oportunidades en horarios buenos al máximo número posible de gustos e intereses». En cuestión de programación de calidad, se afirma que «las decisiones son más de política administrativa que de producción». Ésta es una apreciación que introduce unos ámbitos de responsabilidad añadidos y diferenciados de aquellos en los que tradicionalmente se plantea la cuestión de la «programación de calidad», en el sentido que la programación de calidad no es sólo una cuestión de afecta al departamento de producción de las cadenas, sino, especialmente, a los departamentos de programación.

En cuanto al contenido del discurso sobre la calidad de la programación, existen referencias a la calidad en términos políticos, semejantes a las referencias que se hacen cuando se habla de la calidad de un determinado sistema de televisión. Por ejemplo, se dice que es una programación de calidad aquélla que enriquece el tejido social y cultural del país donde se emite, la programación que fomenta la identidad cultural o la conciencia nacional. Esta acepción es especialmente significativa en aquellos países donde, por proximidad geográfica con otros de gran influencia cultural y lingüística, se da importancia desde varios ámbitos a la protección de la cultura propia, como en el caso de Canadá.

En la misma línea, se menciona el equilibrio entre la producción propia y la producción ajena como un criterio indicador de una programación de calidad. Por ejemplo, es el caso de la investigación realizada por Lasagni y Richeri, que afirman que «una función prioritaria del sistema televisivo debería ser la de promover y sostener los programas italianos para defender la cultura italiana ante la programación extranjera, sobre todo de Estados Unidos, que se considera excesiva».

Finalmente, en el discurso sobre la calidad de la programación se hace referencia a otros ámbitos de responsabilidad, por ejemplo a las cadenas o programas televisivos. En este sentido, se vincula la calidad de la programación a la profesionalidad de los trabajadores de las cadenas o a la existencia de programas de calidad, con lo cual se produce una especie de delegación de la responsabilidad en la realización de la calidad de la programación en ámbitos inferiores (las cadenas y los programas).

Por otro lado, hay un discurso cuantitativamente

significativo que equipara la calidad de la programación a la diversidad. En este sentido, cuando se habla de diversidad de la programación cabe mencionar el predominio de la perspectiva económica, que hace que se equipare el valor de la diversidad a la existencia de una mayor diversidad de cadenas de televisión, es decir, a la liberalización del mercado televisivo como elemento de generación de calidad. Los estudios realizados a partir de casos prácticos muestran que la entrada de una nueva cadena de televisión no garantiza de forma automática una mayor diversidad de la programación, a causa de la tendencia por parte del sector publicitario de apoyar las cadenas que apliquen una política de programación consistente en la reposición de programas de éxito en lugar de experimentar con nuevos formatos de programas.

1.3. La calidad televisiva como calidad de las cadenas de televisión

El tercer gran tema que ocupa el discurso sobre la calidad en la televisión es la calidad de las cadenas televisivas. Los elementos que se utilizan para definir la calidad de una cadena televisiva son bastante heterogéneos, en función de la fuente del discurso y del foro en el que se formula. Así, por orden de amplitud en la referencia a la calidad, se pueden identificar las siguientes variables como definidoras de la calidad:

En primer lugar, existe un discurso sobre la calidad de las cadenas de televisión que hace depender la calidad de lo que el ordenamiento jurídico o los mandatos específicos de las cadenas definen como sus objetivos de producción, programación y organización interna; según este criterio, la calidad de la cadena dependería del cumplimiento de los preceptos establecidos desde instancias externas a la propia cadena.

A continuación, la programación televisiva es el elemento más citado como variable que determina la calidad de una cadena de televisión. Este hecho no es de extrañar, puesto que la programación es el elemento más visible de las cadenas y la razón principal de su existencia. Los estudios que valoran la calidad de una cadena de televisión a partir de su programación plantean diferentes elementos de medida:

- Uno de los más utilizados en los estudios internacionales que comparan la calidad de diferentes cadenas de televisión es la contribución de cada cadena a la calidad

global de la programación; es decir, cómo queda afectada la calidad global de la programación de un determinado contexto con o sin la programación de una determinada cadena.

- Otro elemento citado en la valoración de la calidad de la programación de una determinada cadena es el establecimiento de una identidad propia, de un proyecto editorial diferenciado y original que diferencie la cadena de otras cadenas de la competencia y que sea capaz de configurar en el espectador una determinada imagen diferencial. La calidad de una cadena depende, en este sentido, de la capacidad de una cadena de construir, a través de su política de programación, una determinada imagen de marca.

- El equilibrio entre la programación propia y la programación ajena.

- La originalidad en la distribución de programas por públicos específicos y en la promoción de programas;

- La presencia de mecanismos de protección de programas menos seguros (como los *trailers* introductorios o de final).

- Las formas de crear nuevos hábitos de ver la televisión.

Existe otro conjunto de criterios de valoración de la calidad de las cadenas de televisión que no considera las cadenas como instituciones emisoras de programas, sino como productoras de contenidos. Los criterios para valorar las cadenas según esta consideración son:

- La estructuración interna de la cadena.

- La profesionalidad de sus trabajadores.

- El grado de libertad y el margen de maniobra que las cadenas permiten a sus trabajadores.

- La innovación tanto en el proceso de producción de programas como en sus contenidos.

- La presencia de nuevos formatos televisivos.

Por último, aunque no en orden de importancia, existe un discurso cuantitativamente significativo sobre la calidad de las cadenas de televisión que reside en la consideración de la televisión desde un punto de vista empresarial. En este sentido, se habla, sobre todo, de los valores siguientes:

- La efectividad de la cadena, que hace referencia a la relación entre los objetivos de la política editorial y los resultados conseguidos. Particularmente, a la relación entre presupuestos y audiencias y la consecución de objetivos de imagen (posicionamiento, *standing*, reputación, identidad, accesibilidad, etc.).

- El impacto, referido principalmente a los programas emitidos en *prime time*. Los principales indicadores utilizados son: la cantidad de audiencia (en relación con la posición en la parrilla y la media de programas de cada género); la reacción de la crítica; la creación de un «caso» que esté recogido y ampliado por los medios y, finalmente, los premios internacionales y los reconocimientos obtenidos (en festivales, premios de la crítica, etc.).

1.4. La calidad televisiva como calidad de los programas de televisión

Los programas televisivos son el ámbito de referencia más citado en el discurso sobre la calidad en la televisión. Una primera gran clasificación de las variables utilizadas para definir la calidad de los programas televisivos es la que distingue entre unos elementos de valoración externa a la televisión, hecha a menudo desde disciplinas como la política, la economía, la ética, la extática o la crítica televisiva, de la utilización de elementos de valoración internos en los propios programas.

Las valoraciones de la calidad de los programas televisivos hechas desde disciplinas externas al medio plantean un tipo de valoración muy vinculada al contexto cultural y social. Por ejemplo, la valoración que se hace de la calidad de los programas desde la perspectiva económica equipara la calidad a la eficacia, al éxito empresarial y comercial o a la consecución de determinados índice de audiencia. Estas variables dependen de los contextos, de los hábitos de consumo por parte del público, de la temporada televisiva, etc., se trata de criterios poco objetivables respecto de los propios programas.

Otra perspectiva externa al medio televisivo para valorar la calidad de los programas es la ética, que plantea un discurso sobre la calidad en función de la relación que los programas establecen con los espectadores. En este sentido, se habla de variables relacionadas con la calidad vinculadas a la mejora del flujo de comunicación con la audiencia, al tipo de consumo, al estímulo de reflexiones sobre temas que afectan al espectador, al grado de confianza y fiabilidad que los espectadores otorgan a los programas, etc.

En cambio, las valoraciones de la calidad de los programas que utilizan elementos internos en los propios programas despliegan una cantidad muy significativa de variables, de parámetros y de matices que permite

sistematizar de una forma clara el discurso sobre la calidad de los programas televisivos. En este sentido, es fácil de observar una relación entre los tipos de criterios indicadores de calidad y el ejercicio de determinadas profesiones. Es decir, la diversidad de criterios evaluadores de la calidad de los programas no depende solamente de la adopción de perspectivas externas o internas al medio, sino del ejercicio y la valoración de determinadas profesiones que intervienen en la elaboración de los programas.

Como premisa, cabe mencionar que un elemento que tienen en común los diferentes discursos formulados sobre la calidad a partir de la consideración de elementos internos a los propios programas es la reivindicación de criterios de evaluación propios, surgidos desde dentro del medio a partir del reconocimiento que el lenguaje televisivo es un lenguaje diferenciado de otros utilizados en otras disciplinas y que requiere, por tanto, utilizar estándares de calidad generados desde dentro. En este sentido, se habla de la necesidad de reconocer como criterios de calidad la innovación y la experimentación en el lenguaje televisivo.

Hecha esta reivindicación, hay cuatro grandes ámbitos de referencia del discurso sobre la calidad de los programas:

- El contenido de los programas televisivos. A pesar de que éste nunca es un criterio exclusivo en la determinación de la calidad de los programas, es un elemento que aparece citado a menudo. Algunas veces, las referencias al contenido se hacen a partir de la mención de una serie de temas: por ejemplo, se habla de unos programas de calidad a partir de unos criterios formulados en negativo, como la no presencia de lenguaje vulgar, de escenas violentas o pornográficas y la idea que la calidad es algo más que evitar los estándares. Un aspecto nuevo respecto de los temas como elemento definidor de la calidad de los programas es la construcción de las imágenes de la masculinidad y la feminidad en la televisión.

Otras veces, las referencias al contenido del programa no se hacen a partir de la definición de temas, sino de «tipos de contenido»: en este sentido, se habla, por ejemplo, de la relevancia del tema para el espectador, la proximidad o el realismo y se mencionan como casos paradigmáticos el de culebrones como *East Enders* como referentes de calidad porque a través de la serie se intenta que la gente piense sobre las relaciones y los problemas que la rodean, sobre la raza, sobre los adolescentes y sus padres, o sobre la aten-

ción prestada a la gente mayor. También se habla del realismo como uno de los valores que definen el tipo de contenido, la innovación temática, la no-trivialización, la importancia dada a la controversia (definida como un rasgo que hace referencia a un tipo de programa que intenta adquirir un compromiso hacia el conflicto de ideas de la vida real o que propone maneras alternativas de ver el mundo, alguna de sus partes, o que plantea cuestiones políticas y sociales discutibles) y, finalmente, la originalidad en el tratamiento.

- La forma de los programas televisivos. Las referencias a la forma de los programas son más específicas e involucran una serie de elementos que, en general, afectan diferentes oficios de la elaboración de programas. En este sentido, se puede distinguir una serie de variables definidoras de la calidad que hacen referencia a características del guión de los programas (la estructura narrativa, la construcción de los personajes o las tramas argumentales) de otras variables que hacen referencia a aspectos formales más técnicos, como el tipo de iluminación, los planes o el montaje.

Las referencias a la estructura narrativa y la construcción de los personajes son un elemento común en los análisis realizados por críticos o guionistas televisivos que conocen los entresijos del funcionamiento y la elaboración de los programas. Otro elemento que se cita desde este colectivo es la intertextualidad, la autorreflexividad o la memoria; los dos primeros son conceptos literarios que hacen referencia a la manera en que los textos o los programas incorporan textos anteriores (de la misma serie, citas estilísticas de otros medios, como el cine o la música, o de la propia realidad).

Las referencias a la calidad de la forma en su vertiente más técnica identifican como variables definidoras de la calidad elementos como el sonido, la música, la fotografía, la iluminación, la dirección, el casting, la actuación, el vestuario, el maquillaje, la edición, la calidad técnica, los efectos especiales, el grafismo y los decorados. Estos elementos aparecen identificados con la calidad de los programas en el discurso de los realizadores y de todos aquellos profesionales vinculados a la elaboración material de los programas.

- La interrelación entre forma y contenido, llamada *artistry*, que hace referencia a cómo se afectan mutuamente en el mensaje audiovisual.

- Las referencias al género. En este sentido, es posible

identificar dos grandes tipos de discurso sobre la calidad televisiva vinculada al género: por un lado, un discurso que valora la calidad del programa en la medida que éste cumple su función genérica, es decir, si la función de un informativo es informar se valora en qué medida ha conseguido cumplir su objetivo y, por otro lado, un discurso que define la calidad de los programas a través de la dificultad de encasillar un programa en las categorías de género. En este sentido, se habla de programas que son una mezcla de géneros, hibridación de géneros o géneros en transición.

Como se ha podido ver a lo largo de las diferentes referencias y variables en el discurso sobre la calidad en la televisión, existe una gran variedad de temas y nociones de calidad televisiva. Muchas de estas referencias se explican por el ámbito propio de actuación de todos los colectivos que tienen un discurso sobre la calidad; en este sentido, por ejemplo, se explica fácilmente que las referencias a la calidad que hacen los políticos afecten sobre todo a los objetivos generales de los sistemas audiovisuales y la definición de los mandatos de las cadenas y que éstas incluyan la defensa/promoción de lo que se considera «propio» (lengua, cultura, tradiciones, comunidades) en cualquier ámbito (cadenas, programación y programas). También se explica el discurso empresarial de la televisión en boca de los programadores o de los directivos de algunas cadenas privadas para quienes la calidad se equipara a la obtención de beneficios, a elevados índices de audiencia, a la venta de los productos realizados, a la promoción obtenida en otros medios, etc.; el discurso de los guionistas, que sitúa la calidad de los programas televisivos en la posesión de determinadas características de tipo estructural, como la complejidad narrativa, la superposición de tramas argumentales o la construcción psicológica de los personajes; y el de los oficios más técnicos del audiovisual que definen la calidad en función de los elementos que intervienen en la realización material del programa.

2. Televisión de calidad pragmatismo

Situar determinadas variables de la calidad en la televisión en relación con el ejercicio de determinadas profesiones y

ámbitos de referencia ayuda a entender la diversidad de nociones existentes como fruto de los diferentes tipos de socialización y ámbitos de trabajo en los que los diferentes individuos y colectivos llevan a cabo su trabajo. En este sentido, no es una cuestión necesariamente perversa que cada uno (individuos o colectivos) defienda una concepción de calidad en la televisión «interesada» en función de la perspectiva desde la que hace frente a su tarea en relación con la televisión. Al contrario, la uniformidad en la interpretación de la calidad en la televisión en un debate donde intervinieran diferentes sectores sociales —políticos, programadores, productores y audiencia— sería poco creíble puesto que, probablemente, algún colectivo estaría adoptando la perspectiva y las maneras de considerar el medio de otro colectivo más poderoso o con mayor capacidad para imponer y legitimar su noción de *calidad*.

Ahora bien, la comprensión de la diversidad de formas de interpretación, definición y medición de la calidad en la televisión puede convertirse fácilmente en un obstáculo para los agentes que, desde una esfera práctica, están obligados a tomar decisiones encaminadas a favorecer y promover un determinado modelo de televisión en cada uno de los ámbitos identificados en este artículo (el sistema de televisión, la política de programación, las cadenas y los programas televisivos).

La diferencia, cuya importancia quiere poner de relieve este artículo, entre la diversidad de criterios existentes en la interpretación de la calidad televisiva y la validez de las diferentes definiciones y variables propuestas, es una diferencia que se considera fundamental en tanto que afecta a dos ámbitos diferenciados que, en la práctica, suelen confundirse. A saber: el ámbito del pensador, el analista, el filósofo o el hombre de ciencia y el ámbito del político, el ejecutor, el evaluador o el hombre de acción. Una cosa es identificar temas, establecer variables, construir tipologías, entender las motivaciones de las diferentes maneras de interpretar, establecer lazos entre los razonamientos expresados y la situación social, profesional o personal de los individuos, establecer relaciones con otras disciplinas y ámbitos de conocimiento, etc. y otra bien distinta atribuir diferentes grados de validez a cada una de las variables y definiciones propuestas, escoger una de estas definiciones y elevarla al rango de la unicidad, hacerla objetivable e introducirla en el ámbito de lo que es legítimo,

lo que es defendible, identificarla con el objetivo que tiene delante o la práctica a imitar.

En el primer caso, el objetivo es la comprensión de la diversidad de los fenómenos sociales como la comprensión, en este caso, de todo lo que está involucrado en una determinada categoría social como es la de la «televisión de calidad»; en el segundo caso, el objetivo es la elección de una determinada variante de calidad por encima de las demás y, esta elección, nunca puede ser neutral ni objetiva ni tiene por qué serlo. En el primer caso, nos encontramos en el ámbito de acción del intelectual o del científico y, en el segundo, en el ámbito de acción del político.

En la actualidad, estos dos ámbitos tienden a confundirse y a menudo se pide al científico que proponga recetas políticas, rodeadas por la aureola de la objetividad y la neutralidad que, teóricamente, aportan la ciencia y la reflexión cuando están alejadas de los intereses inmediatos de la práctica.

Esta confusión no implica que no sea posible el enriquecimiento de la perspectiva del estadista a través de los análisis del científico; antes al contrario, debe existir una comunicación dialéctica entre conocimiento y acción. El saber objetivo, al reducir y aislar el elemento de imprevisibilidad, de interés práctico y de condicionamientos del pensamiento, favorece un comportamiento racional e incrementa las posibilidades de conseguir los objetivos que el político se propone, pero todo este conocimiento no liberará al político de tener que escoger. En este sentido, R. Aron habla de la impaciencia de Weber, que es la de un «hombre de acción que pide a la ciencia el conocimiento de los medios y las consecuencias pero que sabe de antemano que la ciencia no le liberará de la obligación de escoger, porque los dioses son múltiples y los valores contradictorios».

En el debate sobre la televisión de calidad cabe distinguir, por tanto, entre la comprensión de la variedad de los criterios que sostienen los diversos interlocutores y la elección de unos criterios concretos que, en una sociedad concreta y en un determinado contexto histórico, adquieren el rango de objetivos a promover desde la legislación, los ordenamientos específicos que afectan a las cadenas de televisión y las políticas de programación y de producción de programas. Por ejemplo, en lo que se refiere al sistema televisivo, parece evidente que la definición de la calidad en la televisión no debe ser la misma en un contexto de

monopolio televisivo que en un contexto multicanal de competencia entre televisiones públicas y privadas; que la interpretación del respeto a la audiencia y a su idiosincrasia en el ámbito de la política de programación y de producción de programas no debe ser la misma en sociedad más uniformes desde el punto de vista cultural y lingüístico que en sociedades donde conviven diferentes etnias y lenguas.

El conocimiento que nutre las ciencias sociales —¿acaso no son todas las ciencias sociales?— da una información extraordinariamente útil al político que debe formular propuestas, escoger entre distintos valores y elaborar políticas encaminadas a la consecución de determinados objetivos porque le permite entender la complejidad del orden social y las presuposiciones implicadas en cada caso, pero todo este conocimiento no libera al político responsable de tener que escoger, siendo necesariamente conciente de que cualquier elección comporta renunciaciones.

Max Weber lo formuló en los términos de la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción. La ética que exige al científico neutralidad en el ámbito mundano y evitar el travestismo consistente en otorgar una pátina de científicidad a la decisión política se opone a la ética que se exige al político consistente en la toma de decisiones, sabedor de que entrar en política es participar en conflictos. Lo que éticamente resulta reprobable del político —la abstención y la confusión de la política con la neutralidad— es lo éticamente loable en el científico.

El concepto de *televisión de calidad* es uno de los conceptos más citados recientemente en el debate sobre los objetivos y las políticas de televisión, especialmente en la definición de la especificidad de las televisiones de servicio público. Como en el caso de la noción de servicio público, alrededor de cuyo concepto han cristalizado interpretaciones tan diversas que a menudo con el tiempo han perdido su valor, la televisión de calidad como categoría corre el riesgo de convertirse en otro campo confuso de coexistencia de definiciones, variables e intereses varios si no se distingue entre diversidad y validez, entre la tarea «científica» y la tarea «política». La diversidad y la confluencia de disciplinas y enfoques diferentes sobre una determinada categoría como la de la *calidad* en la televisión no debería traspasar al ámbito de la política, donde la neutralidad científica se convierte en ambigüedad y elusión de la responsabilidad que necesariamente comporta.

Bibliografía

LASAGNI, C.; RICHERI, G. *Televisione e qualità. La ricerca internazionale. Il dibattito in Italia*. Milán: RAI, VQPT, 143, 1996

PUJADAS, E. *Els discursos sobre la televisió de qualitat. Àmbits de referència i perspectives d'anàlisi*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra, tesis doctoral defendida en octubre de 2001.

RABOY, M. *Missed opportunities. The Story of Canada's Broadcasting Policy*. Canadá: McGill-Queen's University Press. ISBN: 07735-0743-4 (portada) y ISBN 0-7735-0775-2 (texto), 1990.

VVAA. *Quality in Television. Programmes, Programme-makers, Systems*. Londres: Broadcasting Research Unit, John Libbey. ISBN: 0-86196-237-0, 1989

VVAA. *Quality Assessment of Television*. Luton: John Libbey Media. ISBN: 0 86020 507 0, 1996

VVAA. *The Question of Quality*. Londres: British Film Institute. ISBN 0-85170-256-2, 1990

VVAA. *Broadcasting in the '90s: Competition, Choice and Quality. The Government's Plans for Broadcasting Legislation*. Londres: informe presentado al Parlamento, noviembre de 1988.

WEBER, M. *El político y el científico*. 1ª ed. Madrid: Alianza Editorial. ISBN: 84-206-1071-2, 1967